

Martín Ortega Carcelén

CAMINO DEL AIRE



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO  
—COLECCIÓN ANAQUEL DE NARRATIVA, n<sup>o</sup>11—  
MADRID • MMXV

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MARTÍN ORTEGA CARCELÉN

De la edición © Cuadernos del Laberinto  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Diseño de la colección: Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Ilustración de la cubierta: Ouka Leele  
Dibujo del mapa en página 160: Iñigo Ortiz

Primera edición: Mayo 2015  
I.S.B.N: 978-84-943165-7-9  
Depósito legal: M-13717-2015  
Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## 1. ¿DÓNDE ESTÁN LOS NIÑOS?

—Pueden tener por seguro que en este colegio se enseñan los valores morales.

El director intenta transmitir calma a los padres. Es una tarde calurosa del mes de mayo. Madres y padres se han visto obligados a interrumpir sus actividades porque el colegio les ha convocado a una reunión urgente. Sobre el escenario del salón de actos, el director habla con autoridad tras sus gafas de concha y un cepillo gris como bigote. Junto a él, la subdirectora, vestida con una blusa de estampados rosa y limón, muestra una sonrisa beatífica a pesar de la gravedad del momento. Estira el cuello y pasea su mirada entre los padres sonriendo. Pero sus miradas más tiernas las reserva para el director, a quien contempla embelesada cuando habla.

En cambio, los asistentes que salpican los sillones del salón de actos del colegio no tienen buena cara. Ellos no entienden por qué la subdirectora sonríe tanto. Las noticias que reciben son preocupantes. Nuevos padres llegan precipitadamente y van sumándose a la reunión, mientras el director termina sus palabras apuntando el dedo al aire como una batuta que se agita ante la orquesta.

—Esos valores que nuestra sociedad ha olvidado y sin embargo son tan esenciales para la formación de sus hijos —el dedo se detiene en alto.

La subdirectora siente ganas de aplaudir, incluso comienza a juntar sus manitas delante pero, cuando comprueba que nadie más lo hace, dirige las puntas de los dedos encima de sus orejas para atusarse los cabellos sin dejar de sonreír.

Entre el público se encuentra Polola, esposa del gran empresario Zarzales, fundador y primer accionista de la constructora Inmozarzales. Esta compañía, que forma parte del selectivo Libex de la Bolsa de Madrid, ha hecho abultados beneficios durante los últimos años levantando urbanizaciones de lujo en idílicas playas y construyendo carreteras de extendido presupuesto. Polola, siempre vestida con las marcas más caras, levanta la mano llena de dudas y pregunta:

—Sí, los valores están muy bien, pero... ¿dónde están los niños? —y rompe a sollozar en su pañuelo de marca.

Polola siente pánico. En la novela que ha devorado recientemente, un sádico encierra a unos menores en el sótano de su casa, preparado con todo lujo de detalles. Lo que más le gusta a Polola es el cotilleo de los famosos en las revistas y en televisión, pero también disfruta con las novelas de terror que le hacen sufrir entre edredones un ratito antes de dormir.

—Pueden haberlos secuestrado —añade con la voz encogida.

—Los niños estaban bien esta mañana, no se preocupe, señora Zarzales —el director responde para tranquilizarla—. Tuvieron sus clases y yo mismo les di una hora de matemáticas. Hay que decir que han avanzado mucho este curso, je, je.

—Estoy de acuerdo contigo, director, porque la seguridad ciudadana ha mejorado con este gobierno, a diferencia de lo que ocurría con el gobierno anterior.

Ernesto Tejada, político destacado del PSOE que ha ocupado varios altos cargos y un sillón en una Caja de Ahorros, interviene con aire desenvuelto.

—Pero tengo que afirmar aquí, ante todos, tengo que decir —sube la voz como si estuviera en un mítin— que es preciso que encuentren a nuestros hijos.

Como buen político, Tejada sabe que no puede mostrar ansiedad en ningún trance. Al mismo tiempo, se siente obligado a aclarar que se preocupa por su hijo.

Un diplomático inglés de complexión atlética se dirige a la concurrencia cortésmente, en pie desde su sitio y con un bloc de notas en la mano.

—Señor director, permita una pregunta: ¿podría explicar con detalle cómo ocurrió todo?

Con fuerte acento, un diplomático de Francia, enfundado en un traje impecable de franela demasiado caluroso para la época, irrumpe en la conversación incorporándose en su asiento. No puede permitir que su estimado colega británico haya intervenido y quedar en silencio.

—Con todo el *gespeto*, no entiendo cómo no pueden *encontag* a los *pegueños*. Este es un país *eugopeo*, ¿no? Yo he venido aquí y *quiego sabeg* qué ha pasado. Si he puesto aquí mi *cogollo*, es para la buena educación. ¡No pueden *pegdeg* así a nuestros *higos*!

—Por supuesto, por supuesto —insiste el director—, y estamos muy orgullosos de tener con nosotros a los hijos de la comunidad internacional, y de tantas familias ilustres. ¿Qué ha ocurrido? Bien —estira las palmas de las manos hacia adelante imponiendo el orden—. Ya he explicado que, durante la

pausa para el almuerzo, el grupo salió del colegio. No sabemos por qué han salido ni dónde han ido. Bueno... de esto hace nada, hace solo una horita en realidad. Quizás están en el parque jugando, quizás es solo una travesura, je, je —el docente solo encuentra caras severas en la audiencia, y cambia de tono—. ¡Pero estamos tomando todas las medidas necesarias! Ya hemos presentado una denuncia en la comisaría de policía al mismo tiempo que les avisamos a ustedes.

—¿Cómo puede ser que lleven una hora sin encontrarlos? —silba una mujer elegante, de ojos incisivos, disparando un dardo certero desde su asiento.

Antonia de Urrutia es abogada de mucho carácter, madre de mellizas en ese curso, que habla siempre con extrema firmeza, vocalizando cada consonante.

—Usted no lo quiere decir, pero pueden haberlos secuestrado.

El director ya no sonríe cuando responde:

—Solo la policía podrá confirmar esas sospechas.

Entre el público del salón de actos se oyen exclamaciones ahogadas de desesperación.

## 2. ISABEL COMIENZA LA HUIDA

Aquella mañana, Isabel estuvo comprobando una vez más mapas, imágenes y toda la información disponible en internet. Como su madre salía muy temprano hacia el hospital donde trabaja como médico, Isabel había adquirido la costumbre de repasar sus lecciones y ordenar sus cosas en el tiempo que quedaba entre la despedida de su madre y la partida al colegio. Esa mañana revisó mentalmente las conversaciones con sus compañeros del día anterior mientras terminaba el desayuno. Había tenido el buen criterio de pedir a Ernestito Tejada que memorizase horarios, y a Zarzales que llevara dinero, porque, de otra manera, sus compañeros estaban dispuestos a iniciar el viaje tal cual, sin ninguna preparación. Bueno, no todos sus compañeros. Algunos eran más decididos, otros dudaban y a los menos hubo que convencerles por lo bajini en el último momento. Isabel cerró su mochila, echó un vistazo al salón de su casa porque no sabía cuándo volvería a verlo de nuevo, y salió cerrando la puerta con llave según era la costumbre.

Madrid rugía como cualquier otro día normal. Los coches se acumulaban en los cruces, en los semáforos, en las grandes avenidas y en las calles estrechas. Unos querían entrar al corazón y otros salir de Madrid, mientras que algunos pretendían desplazarse solo unas manzanas. Pero todos estaban en el mismo atasco que se repetía como una ceremonia de confusión

cada día a esa hora de la mañana. Algunos conductores estaban de mal humor, gritaban por la ventanilla, frenaban bruscamente o tocaban el claxon. Isabel avanzó en su paseo matutino sin prestar atención al marasmo. Conocía de memoria el camino a pie callejeando por el barrio de Chamartín hasta el colegio del Buen Reparó. A sus once años se consideraba ya a medio camino en el curso de la vida, entre sus primeros pasos en la guardería y ese horizonte final del bachiller. Al ser mayores, o por lo menos bastante mayores, sus compañeros del curso sexto A eran más que capaces de dar un golpe como el que iban a asestar hoy, pensaba. Federico Piñeyro, su profesor de Conocimiento del Medio, les había explicado muchas veces que sus mentes debían permanecer despiertas y que el futuro les pertenecía a ellos, a los niños. Días atrás, los alumnos de su clase preguntaron a Isabel cuándo debían iniciar el viaje, porque Federico dijo una vez que ella era, iba a ser...

Un gran coche negro dio un frenazo con fuerte chirrido en la misma bocacalle porque Isabel, sumida en sus pensamientos, se había lanzado a cruzar la esquina sin mirar. En el coche viajaba el hijo del Presidente del Gobierno, que acudía a sus clases acompañado de un guardaespaldas en el vehículo oficial. Ese niño era muy maduro para su edad y, a raíz del frenazo, que le había despertado de sus cavilaciones, como a Isabel, reflexionó sobre cómo puede cambiar la vida en un segundo. La niña y el joven se miraron. A través de los cristales tintados, Isabel entrevió una cara bien parecida y unos ojos claros que la observaron con curiosidad. Con un leve movimiento de cabeza, se saludaron. El hijo del Presidente del Gobierno, a sus quince años, pensó que aquella niña distraída, más joven que él, tenía no obs-



tante un atractivo especial. Parecía inteligente, de mirada penetrante y envuelta en un aire de misterio. Cómo es la vida, pensó el chico, nunca más volveré a ver a esta niña.

Desde luego, Isabel va a comenzar ese día un viaje lleno de peligros, mientras que el hijo del gran mandatario tendrá un día de lo más normal y volverá a dormir al Palacio de la Moncloa, lo que para él se ha convertido en rutina. No participará en la aventura de los compañeros de Isabel, sino que seguirá sus lecciones normalmente hasta el final de curso. Sus caminos se encuentran y divergen en ese punto y a esa hora. Ninguno puede imaginar en ese instante que volverán a encontrarse de nuevo, porque el hijo del primer mandatario del país jugará un papel esencial en el viaje iniciático que Isabel comienza.

Más tarde, a la misma hora en que los padres siguen con ansiedad las explicaciones del director en el salón de actos, un grupo de veinte niñas y niños, vestidos con camisas blancas que lucen el escudo del colegio del Buen Reparo en el pecho y corbatitas mal apretadas de cuadros azules y verdes, acaba de entrar en el *hall* de la estación de Chamartín. Con instrucciones precisas, Isabel intenta controlar la situación y Ernestito colabora en esa tarea. Pero han surgido dos pequeños inconvenientes. Zarzales ha olvidado traer dinero. Nunca sabrán si en verdad fue un olvido o si el gordito Zarzales no se atrevió a sacar el dinero de sus ahorros por si su familia lo descubría. Tras la confesión, ya cerca de la estación de Chamartín, Isabel se enfadó pero no se amilanó en absoluto. Mandó al niño descuidado a recolectar monedas. O pides la pasta, o la pintas, ha

dicho Isabel a Zarzales. Lo que Zarzales ha suplicado es hacerlo con Goyo, su íntimo amigo, que es más atrevido.

—Tú verás. Me da igual. Tienes que conseguir el dinero —ha respondido Isabel.

El otro inconveniente es que Chavitos, un cuidador que está con ellos durante la hora de la comida, ha decidido acompañarlos. El cuidador es muy dicharachero, los niños ríen mucho con él. Pero no estaba en el plan. Durante el almuerzo, a Miriam se le fue la lengua y le dijo a Chavitos que se escapaban, por lo que el joven quiso salir con ellos. No hay mal que por bien no venga, reflexionó Isabel, porque podían dejar el colegio sin llamar la atención gracias a su compañía. Pero Isabel cree que Chavitos no debe continuar con ellos el viaje hasta el final.

En la estación, los colegiales hablan en pequeños círculos sobre cómo podrán colarse sin billetes en el tren.

—Oye, Ngué, ¿sabes si hay trenes para tu país? —dice uno con mala intención.

—A mi país se va en avión, ¿o crees que soy idiota?

Ngué Nguema es un niño de Senegal que se encuentra viviendo en Madrid durante el curso gracias a un programa de cooperación entre su colegio de Dakar y el Colegio del Buen Reparó. Ese día, Ngué había tenido el buen tino de echarse unas monedas al bolsillo antes de salir para el cole, pero no quiere decirle a nadie que lleva algo de dinero porque podría necesitarlo después. No comprende muy bien lo que sus compañeros pretenden, pero le gusta la idea de iniciar una aventura, como él ha hecho tantas veces en su tierra. Se pregunta si estos españoles, que según él son unos miedicas, van a ser capaces de hacer realmente lo que han planeado.

Algo apartados del grupo, dos chiquillos persiguen otro objetivo. Goyo Ramos, que luce un gran alfiler del Real Madrid sobre la corbata del colegio, pasea entre las mesas de la cafetería para recolectar, cuando los camareros no miran, las propinas que los clientes dejan. Sus manos se disparan como lengua de camaleón hacia los platitos de plástico. Ya ha recogido un puñado de monedas y se dirige a Zarzales. Este es regordete y tímido, y ha conseguido otro puñadito más pequeño, sujeto en la mano cerrada a duras penas.

—¡Ya tengo el precio! —dice Goyo.

—A mí esto me da vergüenza —responde Zarzales—. Mecachis, debería haber traído mil o dos mil euros. Cómo se ha enfadado Isabel.

—¡No seas muermo! Vamos a comprar los billetes.

Se acercan a la taquilla, hacen cola y, al llegar su turno, despliegan todas las monedas sobre el mostrador.

—Dos billetes para Ávila.

El empleado pregunta: —¿Ida y vuelta?

—Pues... —dice Zarzales.

—Ida para allá —responde Goyo resuelto.

Zarzales es retraído, parecido a Polola, y superado por el empuje del padre. Goyo es rápido como un tiro. El taquillero cuenta el dinero, mirando de reojo las caras de los niños que aparecen a mitad por encima del alto mostrador, y les da los tickets. Con los papeles en la mano, los dos corren hacia el grupo sorteando a viajeros, maletas y anuncios chillones plantados en el suelo.

—¡Ya tenemos los billetes, mirad! —grita Goyo.

—¡A ver, a ver! —se precipitan los compañeros.

Ernestito Tejada, hijo del político socialista, se mantiene deliberadamente al margen y apunta con seguridad:

—¿Y para qué sirve eso? Necesitamos veinte billetes, macho. Somos veinte, veinte billetes. ¿No sabéis contar? Bueno, somos veintiuno, con Chavitos.

En realidad, este joven venezolano no se llama así, sino Eliecer-Marcelo Rodríguez Uribarri. El apodo le viene por su defensa del presidente Chávez. Chavitos es seguidor de la moda *out-of-bed*: lo importante no es ir desaliñado, sino hacerlo con estilo, por lo que cada mañana pasa un buen rato ante el espejo para despeinarse a conciencia. A pesar de pertenecer a una rica estirpe de Caracas, que ahora pasa la mayor parte de su tiempo entre Miami y París, Eliecer-Marcelo resolvió sostener la revolución bolivariana, por lo que sus padres decidieron perderlo de vista. Tras dar varios tumbos, Chavitos ha terminado en Madrid trabajando a tiempo parcial para el colegio.

—Ernesto tiene razón —sentencia Chavitos—. Necesitamos veinte billetes, y estamos chingados.

En el grupo se encuentra Miriam, la mejor amiga de Chavitos. Es hija del famoso actor Nazario Sindeth y su primera mujer, Cuca Sindeth. El gran talento de Nazario le ha llevado a convertirse en estrella de Hollywood a pesar de sus orígenes humildes. Nacido en Almería hace cuarenta y siete años, en realidad se llama Nazario Montoya Díaz. Ahora es famoso en todo el mundo y, en España, se le dedican calles, plazas y centros culturales. La primera mujer del gran actor, Cuca, sigue viviendo con Miriam en Madrid, donde se ha convertido en una cotizada participante de las tertulias televisivas.

—Chavitos, podrías prestarnos dinero —apunta Miriam.

—Estoy sin blanca, guapa.

—Por lo menos, tú nos comprendes —asegura Ernesto—. Eras el mejor amigo de Federico.

—Sí, era su amigo, y por eso he querido acompañaros. Pero ustedes se están metiendo en un lío con lo que están tramando, y yo también.

Como les han dicho que su idea de comprar dos billetes no sirve para nada, Goyo y Zarzales se encogen de hombros, ven pasar a un hombre con un carrito de limpieza y tiran sus dos tickets dentro de la papelera.

—Dejadme pensar... —Chavitos trata de encontrar soluciones—. ¿Cómo podríamos montar en el tren? Para empezar, ya tenemos dos billetes, los de Goyo y Zarzales. Quizás con esos billetes podéis viajar unos cuantos.

Los dos se miran, hacen un gesto de fracaso y salen corriendo tras el limpiador.

—¡Ya lo tengo!

Isabel, que había estado pensativa un rato, suelta una exclamación.

A petición de la niña, Chavitos se separa del grupo y cambia unas palabras con ella. Chavitos asiente, y los críos se agolpan alrededor.

—¿Qué es? ¿Qué es? ¡Por favor, decidnos qué vamos a hacer!



### 3. LA POLICÍA TOMA EL CONTROL

El aire del salón de actos es denso y tristón. Pero el padre de Goyo, Jorge-Julio Ramos, no participa del pesimismo general. Ha hecho su fortuna con una exitosa cadena de tiendas de ropa, que se ha expandido también en el extranjero, para entrar después en el mundo las finanzas, hasta llegar a ser hoy vice-presidente del Real Madrid, y no va a amilanarse ahora por este asunto sin importancia. Jorge-Julio habla muy relajado sin moverse del respaldo de su butaca.

—Mi hijo se escapó con Zarzales un día porque querían ver un partido de fútbol y luego volvieron. A mí me han llamado y, claro, he acudido a esta reunión, pero tampoco hay que exagerar. ¡Son críos!

—Estimado amigo: estás diciendo que entonces se escaparon dos niños, pero ahora han desaparecido veinte. ¡No es lo mismo dos que veinte! —apunta Antonia de Urrutia con autoridad.

Una madre del público, Milagros, que se ocupa con pasión de su hija Milagritos, hasta el punto de ser las dos grandes confidentes, las mejores amigas del mundo desde que su marido las abandonó, escucha con ansiedad y se atreve a decir en voz alta:

—La verdad es que a mí me da igual que sean uno o veinte, lo único que me importa es que mi niña vuelva a casa.

—¡Qué niña ni qué ocho cuartos! —se oye un rugido a la entrada del salón.

El empresario Zarzales, de gran corpachón, ha aparecido en tromba y vocifera sin dejar de caminar hacia el escenario.

—Miren, yo estoy muy ocupado y ustedes estarán también ocupados. No me digan que el hombre ha llegado a la luna, y no pueden encontrar a unos mequetrefes.

—Los *americanos* han llegado a la luna, no *el hombre*.

La observación, con voz suave y precisa, viene de un escritor de gafas al aire, algo enclenque, que se pregunta cada semana si ha hecho bien en inscribir a su hijo Miguel en este colegio, aunque sabe que se preguntaría lo mismo si lo hubiera matriculado en un colegio público (y se pregunta igualmente si ha hecho bien al elegir el tema de la nueva novela que está escribiendo, y si debería usar más el presente, el pasado o el futuro en su relato).

Zarzales lanza una mirada furiosa hacia al escritor, cuando el director tercia oportuno.

—¡Señor Zarzales, qué alegría verlo por aquí! Aunque sea en estas circunstancias tan, tan... especiales. Todo está bajo control. No se preocupe. Ya hemos avisado a la policía, y me han asegurado que el mejor experto, el inspector Aparicio, va a hacerse cargo del caso.

—¡Ya llega, ya llega! —la subdirectora chilla con su voz más aguda desde la puerta del salón de actos.

La profesora rechoncheta ha salido a buscar a los policías y vuelve con su sonrisa inabarcable, avanzando por el pasillo lateral del salón, donde se concentran las miradas de todos los padres. Los policías siguen a la subdirectora en un singular desfile. El primero es obviamente el jefe, el segundo, su ayudante, que por eso mismo lleva solo un bloc de notas en la mano, el tercero transporta un largo rollo de papel con un trípode, y el



cuarto y el quinto llevan, como una camilla, un centro de comunicaciones portátil. La subdirectora jadea y repite con voz cada vez mas débil porque se ahoga “ya llega, ya está aquí”, mientras los policías suben al estrado.

—Inspector Aparicio, supongo —dice el director extendiendo la mano—. Es un placer y un honor recibirle en este colegio. Ya conoce usted la situación. Aquí tiene a la mayoría de los padres que el colegio ha avisado puntualmente.

El inspector se vuelve al público mientras sus ayudantes colocan los aparatos tras él. El policía representa sesenta años, pelo pegado con gomina, cara de lince, delgado, exacto y atildado como un pincel.

—¡Señores! —apunta con cara de circunstancias.

El inspector Aparicio corrige, galante.

—Perdón, *señoras* y señores. No hay que alarmarse —dice a un lado—, no hay que alarmarse —dice al otro—, pero hay que tomar las precauciones necesarias, y nosotros estamos preparados. Aquí vamos a crear un centro de crisis en contacto permanente con la dirección de la policía.

Uno de los agentes despliega el rollo sostenido en un trípode y aparece un gran plano de Madrid con un círculo marcado en rojo hacia el norte. El inspector explica.

—Desde la hora de su salida a las 15:30, andando a pie a la velocidad media de un niño de once años y contando los semáforos y el tráfico, no pueden haber llegado más allá de tres kilómetros a la redonda desde el colegio. Son casi las 17:30. Hay que buscar dónde están dentro de ese círculo, especialmente parques, atracciones para niños, o también algún domicilio. Para lo que —el inspector señala a los otros policías que instalan la

mesa de comunicaciones, abriendo paneles con luces y pantallas y unos pequeños tentáculos— estamos en contacto permanente con nuestras comisarías y coches patrulla, que ya están ojo avizor. Sepan que contamos con los mejores medios técnicos.

Para demostrarlo, al toque de un botón, el bolígrafo plateado que sostiene en su mano se extiende como una antena telescópica y queda transformado en puntero ultramoderno que emite luz.

El dirigente del Real Madrid le interrumpe.

—Todo eso está muy bien, pero no son más que niños.

—Eso digo yo —añade Zarzales, sentado por fin—. Lo que hay que hacer es salir a la calle y darles una buena tunda cuando se les encuentre.

—Siempre igual —suspira desde lejos Polola Zarzales.

—En el día de hoy, no puede tomarse a la ligera ninguna amenaza contra nuestra seguridad —el inspector Aparicio subraya—. El crimen organizado —hace una pausa asintiendo levemente— adquiere las formas más inesperadas, y a veces invisibles —termina misterioso moviendo la mano.

El diplomático de Reino Unido asiente y escribe en su cuaderno. Este experto en cuestiones internacionales teme lo peor. Polola suelta otra lagrimita acordándose de cómo sufrió con la novela del sótano.

—Esto no tiene que ver nada con el terrorismo, espero —salta el director un poco asustado.

—No, seguramente no. Pero tenemos que atar todos los cables, perdón, los cabos. Por lo pronto es muy importante conocer los detalles. Cada uno de ustedes tiene que decirnos todo lo que sabe, todo, absolutamente todo sobre las posibles

intenciones de sus hijos. También tendrán que contarnos los aspectos de su vida personal que puedan ser relevantes. Tenemos una lista con los nombres de sus hijos. Le pido, señor director, que nos haga un cuadro sinóptico con los rasgos más relevantes de cada uno de los niños.

El inspector hace un gesto hacia atrás con la mano y ordena “Santi, toma nota”. Su ayudante abre su libreta.

Cuca Sindeth se escama, lógicamente.

—¿Dice que tenemos que contarle nuestra vida?

—*Inspectog*, soy *diplomático* francés, que tengo a mi *higo* aquí, y estoy protegido por las leyes *diplomáticas*.

—Por supuesto, estaremos en contacto permanente con los servicios de seguridad de las embajadas. Pero, por favor, comprendan: toda la información que puedan darnos sobre sus niños, su vida, algo sospechoso en sus conversaciones, puede ser crucial a la hora de encontrarlos.

El diplomático del Reino Unido se encuentra cada vez más incómodo en su butaca. Está harto de cháchara porque piensa que puede haber un móvil terrorista y que el objetivo será utilizar el secuestro de su hijo para pedir condiciones inaceptables a su Gobierno. Tras ver confirmadas sus primeras sospechas, el inglés dice a media voz, de manera que lo escuchan solo quienes se encuentran más cerca:

—Me disculparán pero tengo que salir a consultar con mi embajada —y hace mutis del salón.

El diplomático de Francia le observa con mirada torva, y se pregunta por qué se va. El francés proviene de una familia libanesa afincada en París, y tiene una opinión negativa de la trayectoria del Imperio británico.